

¿Y ESTO ES TODO?

LA DIFERENCIA QUE JESÚS PUEDE HACER FRENTE A ESE...



...SENTIMIENTO.

RACHEL JONES



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Publicado originalmente en inglés por The Good Book Company, con el título *Is This It?*, copyright © 2019 por Rachel Jones. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *¿Y esto es todo?* © 2021 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Carina Valerga

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NBLA” ha sido tomado de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “RVR-60” ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5937-5 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6846-9 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7680-8 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 30 29 28 27 26 25 24 23 22 21

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

31 razones por las que podrías necesitar este libro	7
1. Desilusionado <i>¿A todos los demás les va mejor que a mí?</i>	15
2. Paralizado (o tal vez indeciso) <i>¿Qué debo hacer con mi vida?</i>	31
3. Desarraigado <i>¿Ya puedo irme a casa?</i>	45
4. Nostalgia y remordimiento <i>¿Recuerdas aquella época?... Ojalá pudiera olvidar...</i>	61
5. Odio mi trabajo <i>¡¿Cuánto falta para jubilarme?!</i>	75
6. Dudas <i>¿Será que Dios existe o estoy desperdiciando mi vida?</i>	91
7. Solo <i>¿Con qué amigos cuento?</i>	107
8. Soltero <i>¿Por qué todos los demás ya se están casando?</i>	121
9. De novio o casado <i>¿Esto es normal o he cometido un gran error?</i>	135
10. Me estoy poniendo viejo <i>Creo que al final un día me voy a morir</i>	151
11. No tiene sentido <i>¿Cuál es el propósito?</i>	165
12. Inseguridad <i>¿Y si fracaso frente a los demás?</i>	179
Conclusión: <i>Nunca imaginé que la vida fuera así</i>	193
Recursos adicionales	199
Agradecimientos	203

31 RAZONES POR LAS QUE PODRÍAS NECESITAR ESTE LIBRO

¿Verdadero o falso? Obtén 1 punto por cada respuesta verdadera.

1. A menudo te preguntas: “¿Qué debo hacer con mi vida?”.
2. Mirar series de tu adolescencia en Netflix hace que todo se sienta mejor.
3. Aún conservas muchas cosas personales en la casa de tu infancia.
4. Aún conservas muchas cosas personales en la casa de tu infancia, porque todavía vives allí.
5. Te preguntas con qué amigos cuentas en realidad.
6. Te sientes fuera de lugar en la iglesia, porque todos parecen tener hijos, canas o un osito de peluche (porque o son padres, o jubilados o tienen 4 años).
7. Le tienes terror a las reuniones familiares, porque te van a preguntar qué estás haciendo con tu vida.
8. La vida era mucho mejor cuando eras adolescente.
9. Sospechas que abandonar todo e irte de viaje solucionaría todos tus problemas.
10. Las redes sociales te dan la triste impresión de que la mayoría de tus amigos se divierten más, tienen mejores relaciones, ganan más dinero, tienen una casa mejor y más amigos que tú (1 punto por cada respuesta verdadera).

¿Y esto es todo?

11. Terminaste trabajando en algo que no tiene absolutamente nada que ver con lo que soñabas a los 6 años (o a los 11, o a los 16).
12. No sabes hacer cosas de adultos, como descongelar un refrigerador o pagar tus cuentas, sin buscarlo en Internet o preguntarle a un adulto de verdad.
13. Te da la impresión de que tu madre está un poco triste, porque no te has casado todavía.
14. Tú estás un poco triste, porque no te has casado todavía.
15. Estás casado y ahora mismo te sientes un poco triste.
16. Te preocupa que todos en el trabajo descubran que eres muy malo en tus tareas laborales.
17. “¿Comprar una casa?, ¿CON QUÉ DINERO?”.
18. Te preocupa que hayas interpretado mal el plan de Dios para tu vida.
19. Te preocupa que lo que Dios haya planeado para ti esté mal.
20. Mirarte de cerca al espejo es una experiencia cada vez más angustiante.
21. Preferirías un trabajo en el que te sintieras más pleno... pero no tienes idea de cuál podría ser.
22. En ocasiones consideras silenciosamente si deberías renunciar a Dios.
23. Estás un tanto hastiado de la vida.
24. La manera en la que vagas sin rumbo por los pasillos del supermercado considerando qué vas a comprar para cenar es una metáfora de tu incapacidad total para tomar decisiones.
25. Todo el mundo parece estar teniendo bebés, y te preguntas cómo has llegado tan rápidamente a esta etapa de tu vida.

26. No te imaginabas que llegar a la adultez implicara administrar tantos aspectos.
27. Te duele la espalda.
28. Tu cuenta bancaria es como un agujero negro: sin importar cuánto ganes, o lo poco que gastes, al final del mes no queda demasiado.
29. Conversas con tus amigos sobre las ventajas y las desventajas de diferentes electrodomésticos y luego preguntas: “¿EN QUÉ MOMENTO NOS PUSIMOS TAN VIEJOS?”.
30. En ocasiones te preguntas: “¿Y esto es todo?”.
31. Eres el padre de alguien que respondería “verdadero” a muchas de estas preguntas, y pensabas que a estas alturas ya habrían crecido. Además, no estás seguro de cuándo se complicaron las cosas. (Suma 5 puntos).

MÁS DE 20 PUNTOS: REALMENTE NECESITAS ESTE LIBRO

Tienes la edad en la que pensaste que ya tendrías tu vida resuelta y estás desilusionado al descubrir que no es así. Bienvenido al club. Este libro es precisamente para ti.

ENTRE 10 Y 20 PUNTOS: NECESITAS ESTE LIBRO

Estás haciendo un buen trabajo para subsistir como un adulto independiente. Algunos días, hasta lavas tu ropa y comes las raciones recomendadas de frutas y vegetales. Otros días, cuando suena el despertador, te quedas acostado y tapado hasta la cabeza preguntando: “¿Por qué?”. Necesitas leer este libro.

ENTRE 1 Y 9 PUNTOS: ES PROBABLE QUE NECESITES ESTE LIBRO

Bueno, está bien. Al parecer, más o menos tienes todo resuelto, pero ya que has llegado tan lejos, bien podrías seguir leyendo. O quizá seas un estudiante y aún tengas mucho camino por recorrer. Lee este

libro para prepararte para el día en que te encuentres lloriqueando por teléfono con algún amigo o pariente desprevenido: “¿QUÉ SE SUPONE QUE DEBO HACER CON MI VIDA?”.

¿EN QUÉ MOMENTO SER ADULTO SE VOLVIÓ TAN DIFÍCIL?

“¿Por qué nadie me advirtió que ser un adulto sería tan *difícil*?”.

Tenía 24 años, estaba sentada en mi cama y sentía lástima de mí misma.

No era que el mundo se hubiera caído a pedazos, sino más bien, que no todo estaba en su lugar.

Por un lado, las cosas parecían estar bien. Tenía un trabajo seguro, mi renta era económica, y estaba bastante ocupada en la iglesia.

Sin embargo, estaba desesperadamente aburrida en mi trabajo, me sentía sola en la iglesia (aunque no lo decía), y ni siquiera hablemos sobre lo extrañas que eran mis compañeras de cuarto.

Aunque nada estaba *completamente mal*, tampoco parecía estar *del todo bien*. Sin duda, esto no era lo que yo había imaginado que sería la vida adulta. No podía evitar preguntarme: “¿Y esto es todo?”.

Resulta que mi experiencia era tan común, que hasta existe un nombre para denominarla: “crisis del cuarto de vida”. Puede suceder en cualquier momento entre los veinte y los tempranos treinta años. El sitio web LinkedIn encontró que el 75% de nosotros ha reportado haberlo experimentado.

La “crisis del cuarto de vida”, a diferencia de su hermana mayor —“crisis de la mediana edad”— no tiene nada que ver con comprarte costosos autos deportivos (porque, seamos honestos, no contamos con tanto dinero). Más bien, son los albores del descubrimiento de que has alcanzado una edad en la que siempre asumiste que tendrías todo (o al menos algo) resuelto, pero te das cuenta de que en realidad no tienes nada en claro. Todavía eres incapaz de hacer todas las cosas

que se supone que los adultos deberían poder hacer, como mantener viva una planta de tu casa, utilizar apropiadamente el lavavajillas o comer cinco porciones de frutas y vegetales al día. Peor aún, estás abrumado por todos los sentimientos y las decisiones con las que tienen que lidiar los adultos.

Te sientes un poco perdido, algo solo, y casi en la búsqueda de algo, pero no estás seguro de qué es.

La “crisis del cuarto de vida” aparece en los cumpleaños, durante la Nochebuena y hasta asoma su cabeza sigilosamente cada vez que, en las redes sociales, ves a algún compañero de clases que ha tenido un bebé, ha obtenido una promoción o tan solo ha tenido la osadía de mostrarse feliz en una foto. Es ese deseo de cambiar algo en tu vida, pero al mismo tiempo sentirte abrumado por las opciones. Es la sensación incómoda que aparece cuando haces un balance de todo lo que te rodea —las personas, los lugares, la rutina implacable del trabajo y de lavar los platos— y nuevamente te preguntas: “¿Y esto es todo?”.

Cuando me topé con mi propio momento de “¿Y esto es todo?”, y empecé a conversar con mis amigos sobre cómo me sentía, descubrí que ellos también estaban atravesando su “crisis del cuarto de vida”. Un amigo me contó que estaba resignado a odiar su trabajo para siempre. Otro dijo que le preocupaba haber tomado las decisiones equivocadas y haber interferido en los planes de Dios para su vida. Otra amiga comentó que siempre se había imaginado que estaría casada y con hijos para cuando tuviera 30 años, lo cual cada vez era más improbable: “Siento que estoy llorando la pérdida de algo que jamás tuve”.

“Bueno —dijo un amigo que tiene un sentido del humor particularmente seco—, creo que la “crisis del cuarto de vida” llega cuando ya has estado un tiempo sin estudiar una carrera y comienzas a darte cuenta de que eso será así para siempre. El próximo suceso importante es jubilarte o morirte”.

EL RASGO DISTINTIVO DE UNA ADULTEZ CORRECTA

¿Qué está mal con nosotros realmente? Quizá seas un poco mayor que las personas típicas que sufren la “crisis del cuarto de vida” y quisieras sacudirme por los hombros y que ponga los pies sobre la tierra. Tal vez ya has identificado el problema: soy una egocéntrica de veintitantos años que simplemente necesita crecer y despertar a la realidad.

Y créeme, eso me encantaría.

En primer lugar, porque entiendo que en el mundo hay problemas más grandes que este. Después de todo, si me siento paralizada por la indecisión sobre qué debo hacer con mi vida, es porque soy lo suficientemente privilegiada como para tener algunas opciones. Tal vez te haya tocado experimentar esos problemas más grandes. Quizá para ti, hasta ahora la vida adulta ha estado marcada por el luto, la depresión o una enfermedad crónica. Probablemente, vivas con cicatrices provocadas por alguien más o bajo el peso de un error que cometiste años atrás.

En segundo lugar, y de mayor importancia, porque sé que no se supone que la vida cristiana sea así. La Biblia no utiliza la frase “crisis del cuarto de vida”, pero sí menciona la palabra “pruebas”. Esto es lo que dice acerca de las pruebas:

Tengan por sumo gozo, hermanos míos, cuando se hallen en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de su fe produce paciencia, y que la paciencia tenga su perfecto resultado, para que sean perfectos [maduros] y completos, sin que nada les falte (Santiago 1:2-4, NBLA).

Las personas de la edad de mis padres tienden a creer que mi generación solo necesita crecer. Dios piensa algo diferente: necesitamos crecer como Jesús.

Estos versículos (y, en referencia a este tema, este libro) están dirigidos a personas cristianas, es decir, personas que reconocen quién es Jesús y la importancia que ello implica; quienes intentan vivir de una

manera que honre a su Rey (y hasta disfrutan de su perdón cuando cometen errores). Ser cristianos debería modificar en la mente de todos los demás las expectativas de nuestra adultez. Si seguimos a Cristo, la aventura más emocionante de nuestra vida no es escalar peldaños académicos o alcanzar nuestras metas; es convertirnos en “maduros y completos” en nuestra fe. Por lo tanto, el rasgo distintivo de una adultez correcta no tiene que ver con tener nuestra propia casa y una mascota, sino con que nuestro carácter se asemeje al de Cristo.

Ese es el significado de “madurez”: parecernos más a Jesús, el adulto más valiente, compasivo, convincente y amoroso de todos los tiempos. ¿Cómo alcanzamos esa madurez? Mediante las pruebas. Lo que me encanta de este versículo en el libro de Santiago es que no hay temporada difícil que no esté cubierta por esta frase: “diversas pruebas”. No hay problema demasiado pequeño para omitirlo; Dios lo ve todo, toma cuidado de todo y quiere usarlo todo. Todas estas situaciones ponen a prueba nuestra fe y la vuelven más fuerte, sabia y hermosa.

Mediante esta verdad, enfrentar la pregunta “¿Y esto es todo?” también puede resultar en “sumo gozo”, aun cuando estamos sentados en nuestra cama sintiendo lástima por nosotros mismos. La indecisión, la baja autoestima, el desarraigo y la insatisfacción pueden considerarse como completo sumo gozo, porque son una oportunidad para apreciar mejor lo que Jesús nos da y comprender con mayor claridad dónde se encuentra la vida real.

Suena bien.

El problema es que no lo creo.

O al menos, no lo creo verdaderamente. No lo creo de tal forma que atrape mi corazón y mi cabeza y eclipse todas las demás cosas que anhelo en secreto.

Pero deseo creerlo. Quiero experimentar ese “sumo gozo” del que habla Santiago. Esa es la razón por la que escribí este libro. En realidad, me estoy hablando a mí misma, pero eres más que bienvenido a escuchar. Te advierto que tal vez lo que lees no resulte nuevo para ti,

¿Y esto es todo?

pero en ocasiones, cuando no podemos ver el bosque a causa de los árboles, solo necesitamos recordar una vez más lo que ya conocemos. Por lo tanto, en los próximos doce capítulos, veremos algunos de los retos y las emociones que conlleva la vida adulta. Puedes leerlo en el orden que prefieras, según cómo te sientas. Es mi deseo que, al finalizar este libro, te encuentres un poquito más cerca... no de ser un adulto real, sino de ser “maduro y pleno” en Cristo. Perseverar en seguir a Jesús nos ofrece algo más verdadero y mejor que lo que puede ofrecernos perseguir cualquier otra cosa durante nuestros veinte o treinta años.

¿Y esto es todo?

No, no lo es. Hay más en esta vida y hay mucho más que esta vida.

Confía en mí, o más bien, en Jesús. Todo va a estar bien.

1. DESILUSIONADO

¿A TODOS LOS DEMÁS LES VA MEJOR QUE A MÍ?

Amy, mi vieja amiga de la escuela, le encantan los animales; tanto que no se los come.

Por eso, cuando se fue a trabajar por un año a Nueva Zelanda, lo único que quería era ver las ballenas en su hábitat natural. Estaba viviendo en la costa, en una bahía famosa porque solía ser visitada por ballenas. Había escuchado que, de vez en cuando, incluso venían a jugar entre las personas que se daban un baño en el océano, temprano por la mañana.

Amy pasó doce meses en Nueva Zelanda y nunca vio ni una sola ballena.

Algunas veces solía ver las noticias en la televisión local sobre el espectáculo de la aparición de las ballenas, mientras ella estaba en su oficina trabajando; pero a la hora que corría hasta ese lugar, las ballenas ya habían desaparecido. Amy gastó cientos de dólares e innumerables fines de semana en viajes en bote. Vio cantidad de delfines, pero eso no era lo que ella anhelaba ver. Parecía que se estuvieran burlando de ella con sus sonrisas de dientes puntiagudos. Pasó más de un año viviendo en el mejor lugar para ver ballenas, pero no pescó ni una aleta.

Cuando regresó a casa, salimos a cenar y nos pusimos al día. Reímos a carcajadas cuando relataba sus esfuerzos inútiles por ver las ballenas.

Pero a medida que avanzaba la noche, ella comenzó a contarme sobre el lado no tan divertido de su año en el extranjero. Cuando le comenté que estaba escribiendo este libro y le pregunté si había atravesado la “crisis del cuarto de siglo”, me respondió:

—Oh, la mía probablemente fue Nueva Zelanda.

—¿Qué?, ¿te refieres a haber ido?

—No —dijo ella—, me refiero al modo en que manejé la situación.

Me contó sobre las llamadas telefónicas a casa llorando, la crisis de seguridad en su relación amorosa, y cómo renunció impulsivamente a varios trabajos seguidos, sin poder explicar con claridad sus razones.

Sonreí con algo de remordimiento.

—Quizá tu búsqueda de las ballenas en realidad era una metáfora de tu búsqueda de...

Encogiendo los hombros dijo:

—Satisfacción con la vida.

No todos estamos buscando ballenas, pero sí estamos buscando *eso*.

TODOS LOS DEMÁS HAN ENCONTRADO TUS BALLENAS

Todos pasamos nuestras vidas anhelando y buscando algo, algo que nos haga felices. Gastamos dinero en la búsqueda de la satisfacción, acumulándolo en el banco o derrochándolo en viajes exóticos. Pasamos tiempo buscando satisfacción, invirtiendo nuestros esfuerzos en relaciones, carreras o experiencias que creemos que nos darán esa plenitud. Pero siempre parece que nos quedamos cortos. La satisfacción nos elude, nunca llegamos al estado de “satisfecho”. Y aunque la mayoría de nosotros ni siquiera estamos seguros de qué es exactamente lo que nos hará felices, estamos convencidos de haber visto un destello de su cola que desaparecía en la esquina de la bahía; por lo tanto, seguimos buscando.

1. Desilusionado

Creo que tal vez es *este* sentimiento el que más se acerca al corazón angustiado que describe la portada de este libro. “Supongo que la emoción que siento a mis veintitantos años es anhelo —reflexiona otro amigo—. Anhelo lo que pensé que ya tendría a estas alturas, y que otras personas ya han alcanzado”.

¿Te suenan esas palabras como una realidad actual? ¿Qué es lo que anhelas?

¿Cuál es esa cosa que todavía está fuera de tu alcance, pero que sabes que si pudieras obtenerla te haría sentir satisfecho?

La mayoría de las personas leen esa pregunta y saltan directamente al próximo párrafo. Pero en serio, detente. No sigas mirando al final de esta página. Mira hacia arriba y piensa sobre la pregunta. Nunca he conocido a nadie que no tuviera esa cosa, sin embargo, he conocido a muchos que no estaban seguros de qué era realmente.

Parte de nuestro problema de insatisfacción es que cuando miramos nuestras pantallas, parece que todos los demás están en el océano hasta la cintura, alegremente retozando con las ballenas de la alegría. Es irónico que mientras Amy estaba llorando en un departamento en Nueva Zelanda, yo estaba en una oficina en un simple parque comercial de mi ciudad, mirando sus fotos sonrientes y deseando poder dejar todo atrás y correr también hacia una aventura en esas tierras. Si bien cada generación se ha dedicado a la búsqueda de la felicidad desde el 1787 al menos (aclaro para mis amigos no estadounidenses, que a partir de ese año el derecho a hacerlo está contenido en la Constitución de los EE. UU.), nunca antes habíamos estado tan informados como hoy, sobre cómo les va en esa búsqueda de la felicidad a los demás.

La nuestra es la primera generación en la que las redes sociales han jugado una parte esencial durante nuestra adolescencia. Hay razones para creer que han llegado a afectar hasta el modo en que nuestro cerebro se ha desarrollado. Y las investigaciones demuestran que nos están haciendo sentir de lo más miserables. Un estudio realizado por

el *Harvard Business Review* encontró que el simple hecho de darle “Me gusta” a la publicación de otra persona “predijo significativamente una reducción posterior en la salud física y mental, y en la satisfacción con la vida, según la autoevaluación de la persona en cuestión”. No nos “gusta” para nada. Lo resentimos. El descontento tiene una prima todavía más fea llamada envidia.

No solo compararnos con lo que tienen *otras* personas nos hace sentir insatisfechos, sino también compararnos con lo que creemos que *nosotros* deberíamos tener o ser. Tim Urban, del sitio web Wait But Why [Espera, pero ¿por qué?], señala que nuestra generación tiene expectativas extraordinariamente optimistas. No solo queremos que la vida sea como un exuberante césped verde o, incluso, un exuberante césped verde con flores. No, nosotros queremos unicornios. En cierto sentido, esto no es culpa nuestra. Nos criaron para pensar que somos especiales y que la vida nos debe unicornios brillantes, y que podemos esperar que aparezcan casi tan pronto como iniciamos nuestra aventura en la edad adulta. Entonces cuando nuestro trabajo, nuestras relaciones, nuestra iglesia o nuestra vida en general no se sienten como unicornios brillantes —cuando se sienten, bueno, normales—, somos infelices. Por eso, seguimos buscando en algún otro lugar.

O al menos, eso es lo que nos dicen: “Lee los artículos del periódico y rápidamente comprenderás la idea de que nuestra generación cree tener privilegios especiales y vive en un mundo de ilusiones”. Ahora, esa aseveración podría ser verdad para ti, o una verdad parcial o quizá nada que ver. Los estereotipos generacionales son precisamente eso, estereotipos. De hecho, antes de continuar, creo que necesitamos un par de advertencias.

En primer lugar, tal vez hoy estés atravesando algo sumamente difícil. Nada de lo que vayas a leer tiene la intención de negar tu dolor. No está mal desear que tus circunstancias cambien ni orar para que Dios las cambie. El objetivo de este capítulo no es ayudarnos a que nos gusten todas las circunstancias, sino encontrar contentamiento en cada una de ellas. Eso es diferente.

“LEE LOS ARTÍCULOS DEL
PERIÓDICO Y RÁPIDAMENTE
COMPRENDERÁS LA IDEA DE
QUE NUESTRA GENERACIÓN
CREE TENER PRIVILEGIOS
ESPECIALES Y VIVE EN UN
MUNDO DE ILUSIONES”.

#YESTOESTODO

En segundo lugar, no está mal desear las cosas buenas. Está bien querer casarse, aspirar a un trabajo que nos permita sentirnos realizados (o un simple trabajo) o anhelar ver que se haga justicia en nuestra comunidad. De hecho, es bueno querer ver estas cosas. El asunto es cuando comenzamos a apuntar el dedo acusador hacia los demás, hacia nosotros mismos y hacia Dios. Si empezamos a refunfuñar contra Él y acusarlo en nuestros corazones por retener de nosotros las cosas buenas, damos a entender que es un Padre que no nos ama y que no se preocupa por nuestro beneficio. Ahí es donde tenemos un problema.

Y si en algo te pareces a mí, tú también tienes un problema. Como adulto, has estado buscando las ballenas de la satisfacción por unos cuantos años, pero no estás ni cerca de encontrarlas. La insatisfacción vuelve gris tu cielo azul o hasta eclipsa totalmente tu sol. Existe un sentido de carencia en algún área de tu vida, que simplemente no logras llenar. Y deseas no sentirte así, porque sabes que es un modo de vivir miserable, inútil e infructuoso. Pero así te sientes.

Un hombre que había estado vigilando ballenas (metafóricamente) era el apóstol Pablo. Y las había encontrado. En su carta a la iglesia de Filipos declara:

No digo esto porque esté necesitado, pues he aprendido a estar satisfecho en cualquier situación en que me encuentre. Sé lo que es vivir en la pobreza, y lo que es vivir en la abundancia. He aprendido a vivir en todas y cada una de las circunstancias, tanto a quedar saciado como a pasar hambre, a tener de sobra como a sufrir escasez (Filipenses 4:11-12).

No creo que Pablo esté tratando de ser engreído, más bien quiere animarnos de dos maneras. En primer lugar, el contentamiento no es fácil ni automático. Debe ser “aprendido”, aunque seas un megapóstol, evangelista y teólogo como era Pablo. Pero, en segundo lugar, es posible aprenderlo. Si quieres experimentar contentamiento, no tengas dudas de que es posible, solo tienes que aprender.

1. Desilusionado

Pero ¿cómo? Bueno, como cualquier cosa que aprendemos, la práctica es mejor que la teoría. Requiere algo de esfuerzo y algunos consejos de alguien más sabio (Dios, no yo). Así que considera este capítulo como tu manual sobre el arte de vigilar ballenas. El primer consejo viene ya mismo...

TEN LA PERSPECTIVA CORRECTA

Si alguna vez intentaste usar los binoculares al revés, te habrás dado cuenta de que, en lugar de ver las cosas más grandes y más cerca, las veías más lejos y más pequeñas.

La insatisfacción comienza cuando vemos las cosas incorrectas con los binoculares al revés. Observamos las circunstancias terrenales por los lentes más pequeños, de modo que se aproximan imponentes delante de nuestros ojos. Pero miramos las cosas eternas a través de los lentes grandes y, por lo tanto, se ven pequeñas, insignificantes y lejanas. Sin embargo, la eternidad no es ninguna de esas cosas. Es grande, importante y viene pronto.

Esa es la lección que dice Asaf que aprendió en el Salmo 73. Este es un muchacho que suena como si hubiera pasado mucho tiempo navegando en Instagram. ¿Y cómo se sentía? Celoso.

*Yo estuve a punto de caer,
y poco me faltó para que resbalara.*

***Sentí envidia de los arrogantes,
al ver la prosperidad de esos malvados (Salmo 73:2-3,
énfasis añadido).***

En este versículo, “los malvados” no hace referencia particularmente a personas malas, sino a quienes piensan que Dios no es real o que no vale la pena escucharlo. Sin embargo, esa manera de pensar parece no causarles inconvenientes. Ellos son prósperos: tienen ropa, auto y casa. No luchan con enfermedades ni se sienten feos: “Su cuerpo está fuerte y saludable” (v. 4). “Libres están de los afanes de todos” (v. 5). Sin corazones rotos, fines de semana solitarios, amenazas de

despido, ni abuelos que les preocupen porque están envejeciendo. “No les afectan los infortunios humanos” (v. 5). No sufren de ansiedad, depresión ni nada por el estilo.

Pareciera que todo les va bien. Estos son triunfadores hiperseguros (v. 6). Pueden abrirse paso y persuadir a todo el mundo (v. 9). Están en una posición de influencia (v. 10). Y no se sienten para nada agobiados por ninguna carga religiosa: “Hasta dicen: «¿Cómo puede Dios saberlo? ¿Acaso el Altísimo tiene entendimiento?»” (v. 11). Nadie los obliga a levantarse temprano los domingos por la mañana para controlar a una multitud de niños rebeldes de la escuela dominical. Nadie les fuerza a donar su dinero o hablar con personas extrañas, mientras toman café tibio. No hay reglas que seguir, ni personas a las que complacer; pueden hacer lo que quieran. “Así son los impíos; sin afanarse, aumentan sus riquezas” (v. 12).

Y cuando Asaf examina lo que tiene y lo compara con lo que ellos tienen, prefiere lo segundo:

*En verdad, ¿de qué me sirve
mantener mi corazón limpio
y mis manos lavadas en la inocencia,
si todo el día me golpean
y de mañana me castigan? (vv. 13-14).*

Y tal vez tú también te sientes así al mirar a tu alrededor. Secretamente, te preguntas si en realidad estás mejor y más pleno que tus amigos que no se interesan por Dios. Tal vez interiormente te cuestionas por qué Dios les ha dado a tus amigos que están lejos de Él, tanto más de lo que te ha dado a ti. Sabes que este asunto del cristianismo se supone que deba hacerte más feliz, pero no está funcionando. Más bien, te sientes “afligido”, desgastado, decepcionado y bajo presión. Desearías tener lo que otras personas tienen. ¿Estás perdiendo el tiempo con Jesús?

“No”, dice Asaf. Y aquí es donde cambia su perspectiva:

*Cuando traté de comprender todo esto,
me resultó una carga insoportable,*

1. Desilusionado

*hasta que entré en el santuario de Dios;
allí comprendí cuál será el destino de los malvados (vv. 16-17).*

Asaf se acerca a Dios y al fin comienza a usar sus binoculares de la eternidad de la manera correcta. Un día los malvados serán “puestos en terreno resbaladizo”, empujados “a su propia destrucción. ¡En un instante serán destruidos, totalmente consumidos por el terror!” (vv. 18-19). Serán “como quien despierta de un sueño”, apenas recordados (v. 20). Hasta los sueños más vívidos que llenan tu mente de color y emoción por la noche, repentinamente, se vuelven intrascendentes a la luz de la realidad.

Y este día del juicio para aquellos que no se interesan por Dios no está lejos. Será pronto. No sabemos exactamente cuándo será, pero sucederá “en un instante” (v. 19). Cada vez que envidio a mis amigos que no son cristianos, estoy siendo corta de vista. Puede que lo tengan todo, pero Dios dice que no tienen nada que puedan conservar.

Una vez que Asaf se pone correctamente los binoculares de la eternidad, goza de una mirada fresca para observar lo que él tiene:

*Pero yo siempre estoy contigo,
pues tú me sostienes de la mano derecha.
Me guías con tu consejo,
y más tarde me acogerás en gloria.
¿A quién tengo en el cielo sino a ti?
Si estoy contigo, ya nada quiero en la tierra.
Podrán desfallecer mi cuerpo y mi espíritu,
pero Dios fortalece mi corazón;
él es mi herencia eterna (vv. 23-26).*

Pronto, los malvados perderán sus posesiones y su estatus, pero Asaf tiene algo que durará “para siempre”: una relación con Dios que permanece desde ahora hasta la “gloria” (v. 24). Dios sostiene la mano de Asaf con la exclusiva atención, intimidad y seguridad de un padre amoroso hacia su hijo. Él le aconseja con toda la sabiduría y la integridad de un mentor experimentado.

¿Y esto es todo?

Sobre todo, Dios satisface. Él es la “porción” de Asaf, como una comida sana y abundante que te llena, en lugar de bocadillos que te proporcionan un golpe de azúcar, pero te dejan los dientes sucios.

Asaf se da cuenta de que todo lo que la tierra ofrece, palidece en comparación con esto: “¿A quién tengo en el cielo sino a ti?”.

Esa es la misma pregunta que tú te debes hacer. ¿Por qué perseguir ballenas que no duran y que no te van a satisfacer, cuando tienes algo que sí puede darte satisfacción? ¿Negociarías tu salvación por un cuerpo más delgado o por dos semanas en Santa Lucía?

Me encanta la sinceridad de Asaf. Nos muestra que cuando nos sentimos insatisfechos, podemos ser honestos sobre eso con Dios. Podemos decirle qué anhelamos y por qué estamos tentados a pensar que la vida para nosotros ha sido injusta. Pero como Asaf, no podemos detenernos allí. Necesitamos acercarnos a Dios y reconocer:

*Se me afligía el corazón
y se me amargaba el ánimo
por mi necesidad e ignorancia.
¡Me porté contigo como una bestia! (vv. 21-22).*

Vivir nuestra vida bajo una nube de insatisfacción, no solo es lamentable, es un pecado. Ridiculiza lo que Dios nos ha dado: una relación con Él. Dios es un Padre bueno que solo nos da cosas buenas. La insatisfacción nos convierte en bestias. Las vacas del campo no pueden disfrutar de una relación con Dios, ¡son animales! Cuando nuestras mentes están controladas por nuestros deseos, nos parecemos a ellas.

Quizá ahora mismo necesites pedirle a Dios que dé vuelta tus binoculares.

CONOCE LO QUE ESTÁS VIENDO

Como cualquier naturalista te dirá, debes conocer los que estás viendo y lo que estás buscando. De lo contrario, te precipitarás a través del océano para atrapar la ballena de la satisfacción, solo para

1. Desilusionado

descubrir que el color gris que viste era simplemente una roca que sobresalía de las olas (lo cual es decepcionante) o un tiburón (lo cual es peligroso).

Entonces, ¿cómo identificas lo que verdaderamente te va a satisfacer? Antes leímos que Pablo había “aprendido el secreto del contentamiento”. *Continúa entonces, Pablo —podrías pensar—, cuéntanos el secreto.*

Bueno, en realidad ya lo hizo en el primer capítulo de su carta: “Porque para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia” (Filipenses 1:21). Pablo está satisfecho porque, viva o muera, tiene lo que satisface, o más bien, tiene a quien satisface. Él tiene a Cristo. “Vivir es Cristo y morir es ganancia” es una ecuación de ganar o ganar. No hay absolutamente ninguna manera de que Pablo pueda perder. Viva o muera, Pablo cree que ya se ha ganado la lotería.

Desearía tener esa confianza, pero la realidad es que no la tengo. Mi insatisfacción viene cuando pierdo de vista alguno de los dos lados de la ecuación de “vivir es Cristo y morir es ganancia”.

El contentamiento llega cuando vivo una vida que puede resumirse en una sola palabra: Cristo. La vida real y satisfactoria se encuentra al hacerlo con Él: “Vivir es Cristo”. Cada vez que ese tipo de vida no suena particularmente atractiva, significa que he perdido de vista quién es Cristo y, por lo tanto, cómo es la vida con Él.

Vivir es Cristo, y Cristo es compasivo. Cuando Él ve a una viuda cuyo único hijo es trasladado en su carroza fúnebre al cementerio, no pasa de largo, triste pero ocupado. Su corazón se va con ella, se detiene y la ayuda.

Vivir es Cristo, y Cristo es humilde. Cuando los pies de sus discípulos necesitan ser lavados antes de una comida, no llama al mesero con el puesto más bajo. Se pone una toalla alrededor de la cintura, se coloca de rodillas, toma esos pies cubiertos de barro (y cosas peores) entre sus manos y empieza a lavarlos hasta dejarlos limpios.

Vivir es Cristo, y Cristo es brillante. Cada vez que los fariseos le hacen preguntas engañosas, no se queda balbuceando mientras trata desesperadamente de pensar en una respuesta. Él da vuelta a la conversación, dice la verdad aguda y deja a sus oponentes sin palabras.

Vivir es Cristo, y Cristo es amable. Cuando los padres traen a sus hijos a Jesús para que los bendiga, y los discípulos los ahuyentan porque asumen que su maestro no tiene tiempo para bebés, Jesús les dice que están equivocados. Él tiene todo el tiempo del mundo para los humildes y los que parecen insignificantes.

Vivir es Cristo, y Cristo es justo. Cuando ve que los tramposos pretenden apagar en las personas el deseo de adorar, al venderles animales para sacrificar en el templo a precios excesivos, no solo suspira y sacude la cabeza. Tampoco escribe una carta de queja al periódico local ni organiza una petición en línea. Voltea las mesas y persigue a los tramposos.

Vivir es Cristo, y Cristo ve a las personas. Cuando un mendigo ciego lo llama desde el costado del camino, Jesús ve a un hombre, no un problema. No dejará que otras personas le digan a este hombre que haga silencio. No le arroja algunas monedas para hacerlo callar o para satisfacer su propia conciencia, y luego sigue caminando. Él se detiene. Él pregunta. Él escucha. Él sana.

Vivir es Cristo, y Cristo es la verdad. No elude los hechos difíciles para preservar su popularidad. Él les dice a las personas lo que necesitan escuchar. Sus sermones no son aburridos. Todos se asombran de sus enseñanzas y dicen: “¡Nunca nadie ha hablado como ese hombre!” (Juan 7:46).

Vivir es Cristo, y Cristo ama. Después de todo eso, “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Juan 13:1). Fue hasta las últimas consecuencias y dio todo lo que tenía. Él permitió que esas hermosas manos —manos que habían resucitado muertos, tumbado mesas, abrazado a niños y lavado pies— fueran traspasadas por clavos. ¿Por qué? Porque te ama. Sus manos tienen

1. Desilusionado

cicatrices para que las tuyas —manos que acaparan más, empujan a otros a un lado, señalan culpables y se encojen de ira— puedan estrecharse en el cielo con sus manos. Él te amó hasta el final, todo el trayecto hasta la cruz.

Vivir es Cristo, *este* Cristo. Este es el que vive *en nosotros* por su Espíritu. Este es el que controla hasta nuestra respiración. Este es Aquel a quien conocemos, por quien vivimos, a quien alabamos y para quien trabajamos. Y “vivir a Cristo” satisface.

Jesús no es como una ballena que se hace rogar. No está fuera de nuestro alcance. No se esconde a la vuelta de la esquina. Él no está esperando a que nos arremanguemos y lo intentemos un poco más. Ya lo tenemos, y es maravilloso poder ser cristianos.

Sin embargo, Pablo tiene la impresión de que más adelante hay algo todavía mejor. Por eso, la segunda parte de su ecuación es “morir es ganancia”; porque cuando abandonemos este cuerpo, los que estamos en Cristo ahora estaremos con Él en el futuro, “que es muchísimo mejor” (Filipenses 1:23). Esas hermosas manos tomarán las nuestras y nos darán la bienvenida a nuestro hogar. “Vivir a Cristo” ahora es real, pero vivir con Cristo en la eternidad, de algún modo será *más* real todavía.

A menudo tratamos de resolver nuestra insatisfacción al mirar lo que no tenemos y tratar de conseguirlo. ¿Infelizmente soltero? Intenta conseguir una cita por Internet. ¿Aburrido en el trabajo? Búscate uno nuevo. ¿No te gusta cómo te ves? Hay un tratamiento de belleza o suplemento de proteínas para eso.

Pero hay una ganancia mejor del otro lado de la tumba.

Mi insatisfacción es peor cuando no tengo la seguridad de que morir es ganancia. Por esa razón, aseguro mis apuestas y me dedico a disfrutar de todo lo que pueda ahora, acumulando experiencias, hitos y elogios. Trato de ganar, ganar, ganar lo que pueda, mientras pueda. Y cuando no gano o no logro obtener lo que anhelo, estoy descontenta, porque temo que me estoy perdiendo algo.

Pero Pablo dice que es imposible perdernos algo. Estamos encerrados en una ecuación garantizada de ganar o ganar. Vivir es Cristo, y morir es ganancia.

PERSIGUE LO QUE IMPORTA

Puedes pensar que a estas alturas ya he utilizado demasiado la metáfora de la ballena, y tal vez tengas razón. Pero Jesús mismo era un superfan de las metáforas (o como a Él le gustaba llamarlas, parábolas). Aunque no habló sobre personas que perseguían ballenas, sí contó una historia sobre un hombre que buscaba algo:

También se parece el reino de los cielos a un comerciante que andaba buscando perlas finas. Cuando encontró una de gran valor, fue y vendió todo lo que tenía y la compró (Mateo 13:45-46).

Este comerciante es una especie de conocedor de perlas. Él nota la diferencia entre las perlas de agua dulce y las perlas del Mar del Sur. Cuando sales a cenar con él, se emociona al contarte sobre el último desarrollo en tecnología de perlas. Ellas son más que un trabajo para él; son una pasión. Tiene cientos de perlas en su casa; algunas en exhibición en la repisa de la chimenea, y otras almacenadas con cuidado en estuches y baúles. Están meticulosamente categorizadas y las ha pulido con ternura.

Sin embargo, un día encuentra una perla que vale más que todo eso. Es tan valiosa y hermosa que vale la pena sacrificar toda su colección. Incluso vale la pena vender su comedor y muebles de cocina por ella.

De repente, esa búsqueda incesante que solía consumirlo, ya no le importa tanto. No importa que no pueda aferrarse a todas esas otras cosas. No podría, incluso si quisiera, porque tiene las manos llenas con esta nueva perla. Es tan grande, tan valiosa y tan fascinantemente bella, que no tiene ojos para nada más.

A eso se asemeja conocer a Jesús como Rey y convertirse en parte de su reino; es encontrar una perla que sea más valiosa que cualquier otra cosa.

1. *Desilusionado*

Desearía ser como ese comerciante; pero a menudo quiero tratar a Jesús como una perla entre muchas. Quiero agregarlo a mi colección en la repisa de la chimenea, junto a las fotos de las fiestas, mi trabajo increíble, la familia perfecta y recortes de las reseñas de cinco estrellas que tiene este libro. Claro, quiero a Jesús. Pero también quiero todo lo demás.

Pero Jesús está diciendo que la cosa no funciona así. Él es tan valioso que lo cuesta todo. Y la forma de detener la búsqueda —esa búsqueda frenética de algo que nos satisfaga, y esa comparación engañosa con lo que todos los demás tienen— es dejarlo todo y atesorar esta perla. Ese es el secreto de la satisfacción.

No quedarás satisfecho obteniendo más. Solo te sentirás satisfecho al encontrar a Jesús. E irónicamente, la forma en que lo “encuentras” es cediendo tu control sobre las otras cosas; soltando en lugar de tratar de acaparar con desesperación.

Entonces, ¿qué tienes en la repisa de la chimenea? ¿Qué estás puliendo con ternura? ¿O para qué tienes un espacio reservado?

Déjalo ir. Mira a Jesús y no bajas tu mirada de Él, porque Él puede satisfacer hoy, mañana y para siempre.

